

Segunda Bienaventuranza

“Bienaventurados los mansos/no-violentos, porque ellos heredarán la tierra”

(Mateo 5, 4)

La organización de cualquier sociedad refleja las necesidades del individuo: porque nacemos sin saber nada y tenemos que formarnos, hay un Ministerio de Educación. Porque nuestra salud requiere de cuidados, hay un Ministerio de Sanidad y porque somos agresivos y tenemos pánico a la indefensión, hay un Ministerio de Defensa. ¡Todos tenemos nuestro Ministerio de defensa “privado”!

Si uno va al Ministerio de Defensa en Madrid, nadie nos amenaza; pero aquella realidad puede llegar un momento en que sea pura amenaza (ahora el lenguaje todo lo maquilla: antes se llamaba Ministerio de Guerra, ahora de Defensa, pero tiene cosas peores y más agresivas que cuando era de 'Guerra'). Pues bien, nosotros podemos ir por la vida de 'correctos', educados, simpáticos..., y, de repente, se nos 'cruza un cable' y explotamos, hasta tal punto que hasta uno mismo se asusta: “¡Cómo me puse!”, exclamamos. Pues no te quiero decir cómo te vio el otro...

Pero el problema que plantea esta **Bv** no es la agresividad (ésta será una de las trampas) sino el **Poder**. Somos puro poder: podemos ver, podemos pensar, podemos pasear... y ¡podemos “agredir”! No se agrede sin 'poder': si veo que el otro es mucho más fuerte me quedo quieto. El “poder” que somos es pura posibilidad y capacidad que puedo emplearla en mi “defensa” si me siento amenazado. Ya decían los romanos: *Si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra: ¡Amenaza!). Esta **Bv**, pues, nos plantea la pregunta: ¿Qué hacemos con nuestro poder -posibilidades, capacidades-? ¿Somos conscientes de que tenemos un “ministerio de defensa”? ¿Controlamos nuestra agresividad o la justificamos?

La segunda **Bv** viene sencillamente a “sujetarnos”, a que no eliminemos al otro con nuestro poder convertido en pura agresividad. Y hay muchas maneras de eliminar al otro: aparcarlo, excluirlo, ridiculizarlo... Ahora bien, esta **Bv** tendrá una segunda parte: la séptima **Bv** *-los que hacen la paz-*, en la que se nos planteará qué hacer con los que “no hemos quitado de en medio”. ¿Cómo 'hacer la paz' con ellos? ¿Podemos restaurar la **fraternidad**? La de hoy, por tanto, nos va a dejar en una situación un tanto “inestable”, pues la solución que ofrecía nuestro “ministerio de defensa” parecía más contundente y eficaz...

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL PROBLEMA DEL PODER - AGRESIVIDAD

1.- Cómo vivió Jesús la mansedumbre

Es una de las pocas veces en las que, explícitamente, Jesús se pone como ejemplo: “*Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas...*” (Mt 11, 29). Como todo, también la *mansedumbre* (la no-violencia) la plantea como seguimiento. Nunca da teoría, sino presenta una manera de vivir e invita a **seguirle-imitarle** desde las dos preguntas que nos planteamos en la Introducción: **¿Qué os parece?** y **si quieres...**

En Lucas (9, 51-55) nos encontramos con una escena muy expresiva de cara al tema que nos ocupa: “*Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos, para prepararle posada: pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron ¿quieres que baje fuego del cielo y los consuma? Pero volviéndose les reprendió*”. En la Biblia de Jerusalén en una nota a pie de página tenemos la versión de otro códice muy autorizado en la que Jesús les dice: “*No sabéis de qué espíritu sois*”.

La reacción de los dos hermanos no puede ser más contundente. Lo que proponían no era precisamente: -'¿Quieres que les demos un 'susto'?'-, sino borrarlos del mapa. Podemos considerarlos como los “precursores de la bomba atómica”. Con razón Jesús, que tenía un gran humor, les puso el mote de *Boanerges: hijos del trueno* (Mc 3, 19). Iban pegando petardos por todos sitios.

Si nos fijamos esta reacción tiene bastante que ver con las nuestras. Como decíamos, el **Ev** está lleno de *paparazzi*: en todas las escenas que describe, “salgo en la foto”. Conviene ir pegando las fotos en el álbum que compramos... Son más auténticas. No nos preparamos diciendo 'pa-ta-ta' sino que nos sacan con 'las manos en la masa'. En efecto, esta reacción agresiva de los “Hijos del trueno” reproduce reacciones nuestras. Ya veremos su mecanismo. Con lo único que tenemos que quedarnos es con el rechazo radical de Jesús: “*No sabéis de qué espíritu sois*”.

Pero donde culmina la actitud de *mansedumbre* de Jesús es en la Pasión. Como veremos después, en la carta de Pedro, los primeros cristianos vieron plasmada en Jesús la figura del Siervo de Yahvé sufriente descrita en Isaías 53. Puesto que la Pasión la veremos detenidamente en otras dos **Bvs**, ahora podemos contemplar esta dimensión del Cristo manso descrita en este pasaje de Isaías.

Pero el **Ev** nunca es “simplón”, sino muy “complicado” (en el sentido de muy rico). Y la razón es muy sencilla: Jesús parece querer dar respuesta a los problemas del ser humano, y el ser humano es muy complejo. Si las propuestas evangélicas fuesen “simplezas”, no las hubiese podido presentar como lo hizo, preguntando **¿qué os parece?** Y es que en el mismo Jesús aparece esta la complejidad. He aquí algunas citas en las que nos encontramos con un Jesús “violento”.

En efecto, los cuatro **Ev** nos describen la expulsión de los mercaderes del Templo: “y halló en el templo vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y cambistas sentados. Hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes, tiró las monedas de los cambistas y volcó la mesa” (Jn 2, 14-16). En Mateo (21, 12-17): “Entró Jesús en el templo y arrojó a todos los que estaban allí vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los mercaderes de palomas, diciéndoles: -está escrito, ‘Mi casa será llamada casa de oración’, pero vosotros la convertís en cueva de ladrones-. La expulsión no puede ser más contundente: allí nadie rechistó. Cuando decía: “¡¡¡Fuera!!!”, había que irse. Podía haberlo dicho con otros 'modales': 'Correrlos un poquito para allá...' ¿Qué clase de mansedumbre es esta?

Una primera utilización “facilona” de esta “contradicción” es no buscar su sentido profundo y aprovecharla para utilizar unos textos u otros según la situación en que nos encontremos. Es lo que yo llamaría la utilización “cínica” del **Ev**: el día que me levanto con ganas de comerme al otro, saco este pasaje, me armo de valor y de otras cosas y allá voy a su encuentro para imponerle la verdad, porque tengo razón; el día que veo al otro con la misma actitud, saco la pancarta: “*Aprended de mí que soy manso y humilde*”. En realidad esta “solución” está más generalizada de lo que a veces nos creemos: “Quien hace la ley hace la trampa”. ¿Cómo superar esta trampa cínica? Honestamente creo que los cristianos tenemos un único recurso: ver cómo lo vivió Jesús.

En efecto, la vida de una persona, en su conjunto, nos ofrece síntesis que ninguna teoría podría formular. Pues esto en Jesús cobra un sentido especialmente llamativo, pues él va a concebir el anuncio del **Ev**, no como un **indoctrinamiento**, sino como **seguimiento**.

Siempre me ha impresionado la propuesta del seguimiento: de suyo es un “disparate”. Es una propuesta que no admitiríamos de parte de nadie. Estamos más dispuestos a seguir una “idea” que una vida. Si alguien, de repente, nos propusiese “ven y sígueme”, lo primero que le preguntaríamos es “¿a dónde?”. Si siguiese insistiendo sin más, “tú sígueme”, lo tomaríamos por loco. Pues bien, la propuesta de Jesús no se mueve en las “ideas” sino en la “vida”. Por eso no la impone, la propone: “**¿qué os parece?**”, seguido del “**si quieres... sígueme**”. Este seguimiento, al estar ligado a la vida, está cargado de circunstancias. El **Ev** es una vida llena de circunstancias. Hay que tener en cuenta estas circunstancias para entender al propio Jesús.

Pues bien, volvamos al Jesús “violento”. Lo primero que constatamos es que en esta escena Jesús toma la iniciativa, no es que están 'agredéndolo' y él se defiende. Detrás de su acción contundente no hay **ningún interés personal**, ninguna 'defensa'. Hay una indignación por haber convertido “*la casa de oración*” que es el Templo, en “*una cueva de ladrones*”. Es decir, detrás de esta reacción hay algo muy importante: **no se puede pactar con la mentira, con la injusticia, con el cinismo**. La inhibición no tiene nada que ver con la mansedumbre. De hecho Jesús va a denunciar el cinismo de un poder religioso que “*ata cargas pesadas y las echa a las espaldas de la gente, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas*” (Mt 23, 4). [Volveremos sobre este texto.]

Otro pasaje desconcertante para el tema que nos ocupa lo encontramos en

Lucas (12, 49-53): *“He venido a poner fuego a la tierra... ¿Creéis que he venido a poner paz en la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres: estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra”*. ¡Esto último, todavía!, pero es que ha puesto “boca abajo” la familia. De nuevo la paradoja. Sin embargo, sólo quiero hacer una observación: los conflictos a los que alude son “reales” y cotidianos, es decir, no hay el menor síntoma de evasión. No obstante, este texto podremos entender su alcance mejor cuando veamos la séptima **Bv**.

Pero volvamos al problema que nos ocupa. ¿Es posible en la vida de una persona encontrar una **síntesis** de dos actitudes tan opuestas? ¿Se dio en Jesús esta integración? Vamos a acudir a tres textos que pueden darnos luz de cara a descubrir hasta qué punto es posible compaginar dos vivencias aparentemente tan contradictorias. Estas síntesis difícilmente las encontraremos en planteamientos puramente teóricos, pero sí se encuentran en la vida, y de una manera llamativa en la **vida** de Jesús. En efecto, la vida es capaz de sorprendernos alcanzando síntesis que ni podríamos soñar.

Y empecemos por un texto de Mateo, que propiamente consiste en una cita de Isaías 42, (Mt 12, 15-21): *“Lo siguieron muchos y los curó a todos, y les mandó enérgicamente que no le descubrieran, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ‘He aquí mi Siervo, a quién escogí; mi amado, en quien se recrea mi alma. Pondré mi espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones. No disputará ni gritará ni oírán nadie en las plazas su voz. No quebrará la caña cascada ni apagará la mecha humeante, hasta que llegue a la victoria el juicio. En su Nombre pondrán las naciones su esperanza”*.

El texto de Isaías que Mateo aplica a Jesús es especialmente sugerente para el tema que nos ocupa. Y lo más expresivo son las dos imágenes del final: la “caña cascada” y la “mecha humeante”. Quien sepa lo que supone que una caña esté “cascada” entenderá el alcance de que el “Siervo de Yahvé” *no la quebrará*. Cuando yo era niño, si me ponía a jugar con una caña cascada, se me decía que la tirase, pues sin darte cuenta te hacía un corte en la mano. **¡Una caña cascada**, no sólo no sirve para nada, sino que es un **peligro!** En efecto, lo que vemos, no sólo “irrecuperable”, sino que además es peligroso, inmediatamente lo quitamos de en medio. Dios, sin embargo, *‘no lo quiebra’*.

Lo mismo ocurre con la “mecha humeante”. Aplastamos con los dedos la mecha del cirio que acabamos de apagar para que deje de echar humo. Es decir, ya no tiene sentido y lo que hay que hacer es extinguirla cuanto antes. Pues bien, Dios va a intentar reavivar una llama que según nosotros ya no es posible. En una palabra, las dos imágenes encierran dos realidades que damos por irrecuperables y que eliminamos. ¿Qué quiere decir esto?: **Dios opta por la recuperación de lo irrecuperable**.

Esta es la clave de esta **Bv**: la opción por la **recuperación**. Uno no opta por la recuperación si, al encontrarnos con el injusto, en nombre de la justicia, lo eliminamos. Es la “táctica” del general Narváez.

Cuentan que, estando el dicho general en el lecho de muerte, quiso confesarse.

Al terminar la confesión el cura le preguntó: -“*Mi General, ¿perdona Ud. a sus enemigos?*” -“*No tengo enemigos*”, respondió. El cura insistió: -“*¿Con todas las responsabilidades que Ud. ha tenido?*”, por no decirle “con lo bruto que ha sido Ud.”. El general respondió: -“*Los fusilé a todos*”. Narváez tenía claro que la 'caña', si está 'cascada' hay que quitarla de en medio.

Esta solución “contundente” es la que quiere evitar esta **Bv**. Vamos a suponer que los que fusiló el Espadón de Loja (así llamaban al tal general) eran malísimos; lo que sí es verdad es que no les dio oportunidad de recuperarse. Por otro lado, si eliminamos al otro, ya no hay necesidad de plantearse “hacer la paz” con él (7ª **Bv**).

Y es que ante el pánico que provoca la indefensión, lo ‘normal’ es que uno intente anticiparse para eliminar al enemigo... ¡La propia defensa justifica todas las agresiones! Pero Dios no actúa así. La misión que trae el siervo de Yahvé es anunciar la justicia de Dios, y no grita ni se oye su voz. ¿Por qué? Porque *la verdad no se impone por la fuerza*. Pues por muy “verdad” que sea, con mi actitud impositiva, puedo hacerla inaccesible, convertirla en mentira, descalificarla. La verdad nunca podemos convertirla en ‘arma arrojadiza’, sino que es algo que libremente se acoge y se acepta. La falta de verdad no puede ser un pretexto para eliminar, para descalificar, sino que es un reto para la recuperación.

Y aquí conviene hacer una observación: la recuperación se ofrece, pero no se puede asegurar y, menos aún, imponer. Cada persona es protagonista en su proceso recuperador y, de no serlo, no hay recuperación.

Pero esta actitud recuperadora del Siervo de Yahvé ¿se dio en Jesús? Veamos cómo Marcos nos cuenta la curación de uno que tenía una mano paralizada, en sábado (Mc 3, 1-5): “*Entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho, a ver si le curaba en sábado, para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: ‘Levántate ahí en medio’. Y les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla? Pero ellos callaban. Entonces, mirándolos con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: ¡Extiende la mano! Él la extendió y quedó restablecida su mano*”.

Hay un dato en el **Ev** que siempre me ha llamado la atención: el conocimiento que los escribas y fariseos tenían de Jesús. Estaban seguros que poniéndole delante un hombre con la mano paralizada, iba a “picar”. Sabían perfectamente cómo iba a reaccionar. A veces uno se pregunta si lo “conocían” mejor que sus discípulos. Sin embargo, no se encontraron con él. ¿Qué conocimiento es el salvífico? ¡No cualquier conocimiento de Jesús lleva a su encuentro!

Al poner Jesús al paralítico en medio, todos esperan su curación, y los fariseos se frotan las manos. Pero resulta que no lo cura, sino que se dirige a ellos, y la pregunta que les hace, en el fondo, es: “¿Qué tiene que ver que yo restablezca la mano de este hombre con el sábado?” ¿Qué pretende con esta pregunta? Que interpreten correctamente el sentido del “signo” que va a hacer, y que ellos de antemano consideran como la “violación de la ley del sábado”. Es decir, con esta pregunta les ofrece la oportunidad de **recuperarse**, de ver la curación como un hecho salvífico y no como una transgresión.

En efecto, la recuperación no se impone, se ofrece. Es lo que planteábamos en la Introducción: Jesús no entra en discusiones sino que sencillamente les pregunta, ¿qué os parece? Es decir, para que el cambio de una persona pueda llamarse “recuperación”, tiene que “parecerle bien” y “querer”, es decir tiene que ser una respuesta desde la inteligencia y la libertad, lo que nos hace personas responsables.

Pero antes de seguir profundizando la escena, conviene pararse en un aspecto importante: el ofrecimiento de Jesús para que se recuperen. Es algo que nosotros no estamos dispuestos a ofrecer, pues no queremos privarnos del “gustazo” de la venganza: ver al otro que mete la pata por su obcecación y queda patente ante todos su “estupidez”, su “maldad”...: “¡¡¡Toma ya!!!”, decimos con fruición y el gesto que todos sabemos...

Quiero traer aquí una experiencia personal que confirma esta triste tendencia humana a no sólo no renunciar a “el gustazo de la venganza”, sino a echarla de menos cuando el otro de alguna forma 'no ha caído', 'no ha hecho el ridículo'. El 20 de julio de 1970 hubo en Granada una huelga de albañiles, con manifestación, para exigir que la Patronal, cediese en el convenio de la Construcción que se estaba celebrando en los Sindicatos (“verticales”) de entonces. La policía disolvió la manifestación brutalmente y mató a 3 obreros y hubo 7 heridos graves, entre ellos un policía.

Cada año había dos misas en Granada ese día en sendas iglesias, cuyos párrocos eran más “comprometidos”. En el Zaidín y en San Isidro, y allí acudíamos todos los ‘progres’. Como era de rigor, también estaba presente la policía secreta “social”. Eran dos o tres policías, que de 'secretas' no tenían nada, pues eran conocidos por todos los que más o menos estábamos metidos en el Movimiento Obrero. (Algunos tenían hasta 'mote'). Entonces, los adelantos electrónicos no eran los de ahora, y los medios para “conseguir” la homilía del cura de turno no eran especialmente sofisticados, sino que consistía en un magnetofón liado en un periódico. Siempre ocurría algo cómico, como, por ejemplo, al apretar el botón equivocado y sonar música, con el “regocijo”, por no decir el “choteo” de los asistentes al acto. Pues bien, un año que no ocurrió nada “cómico”, que no hicieron el ridículo, al volver a mi casa, iba con “mal sabor de boca”, porque no nos habíamos podido reír de ellos. Así de “complicados”, por no decir otra cosa, somos. Difícilmente renunciamos al placer de ver al otro tirado por los suelos en nombre de una “verdad” o de una “justicia” o vete a ver de qué... Más adelante veremos en qué se concreta esta nefasta tendencia que todos llevamos dentro.

Pero volvamos a la escena. La reacción de los fariseos es digna de ser captada por los *paparazzi*; es decir, ¡¡¡en esa foto salimos!!! En efecto, el **Ev** dice, “*pero ellos callaban*”. Es lo que todos hacemos cuando se nos plantea una pregunta, y nuestra inteligencia -que siempre está en el fondo, ¡por mucho escombros que tenga encima!- nos dice que no tenemos razón, pero nuestra tozudez nos bloquea y **nos callamos** (“sacamos el morro”, decimos, y no 'damos nuestro brazo a torcer'). De este modo imposibilitamos cualquier recuperación.

Pues bien, ante la inhibición de los fariseos, la reacción de Jesús no puede ser más compleja. Recordemos lo que nos cuenta Marcos: “*Entonces, mirándoos con ira, apenado por la dureza de su corazón*”. Jesús los mira “con ira”, pero al mismo tiempo le da pena de que no aprovechen la ocasión que les ha ofrecido de 'recuperarse'. Es decir,

el **Ev** nunca es simplón: No podemos pactar con la mentira, la injusticia, el cinismo, pero no podemos convertir la verdad, la justicia o la sinceridad en un arma arrojadiza. A renglón seguido cura al hombre, dando así respuesta a lo que con un cínico silencio se habían negado a reconocer: que aquella curación no tenía nada que ver con la Ley porque “*el Sábado se ha hecho para el hombre, y no el hombre para el Sábado*” (cf. Mc 2, 27).

Es importante profundizar en la escena: en Jesús se dan al mismo tiempo dos actitudes aparentemente contradictorias: el rechazo sin paliativos a la obcecación (porque no tienen nada que responderle, por tanto, no han encontrado en la Ley nada que impida que aquel hombre recupere su mano), queda patente en la mirada con **ira**, y al mismo tiempo la **mansedumbre** que hace que le duela su negativa a recuperarse. Jesús deja claro que la Ley no puede ir en contra de la vida, desmontando con la curación su falsa convicción. Y es que la mano de aquel hombre estaba por encima del “Sábado”. La verdad ha salido adelante; se han quedado fuera los que no se han atrevido a preguntarse “qué les parecía” ni “si querían”, no se han atrevido a ser **personas**.

Pero no quiero dejar de contaros algo que me ocurrió y que puede ayudarnos a descubrir que lo que Jesús va planteando desde su vida, no es del “otro mundo”, sino que son vivencias inteligibles y, como veremos, a nuestro alcance. Si no fuese así, no tendría sentido que nos propusiese: “Ven y sígueme”. ¡Idealizamos tanto el **Ev**, que lo convertimos en algo inaccesible! Sólo poniéndole 'carne', se nos ilumina.

Hace muchos años, en uno de los muchos barrios por donde pasamos, un amigo mío hizo un disparate: se fue con una cría de 16 años y desapareció del barrio. Estaba casado y tenía dos hijos pequeños. Nada más enterarme fui a su casa. Me encontré a su mujer con sus hermanos, todos hechos polvo, y sin saber dónde estaba. Al final, la chica volvió a su casa, el matrimonio se rehízo y no sucedió nada irreparable. Pero lo que me interesa es describir cómo viví aquel hecho:

1°.- En ningún momento se me pasó por la mente “justificar” el hecho, y menos aún quitarle importancia.

2°.- Al revés, lo veía más rechazable por el hecho de haberlo cometido una persona querida.

3°.- Pero al mismo tiempo me preocupaba la “recuperación” de aquella familia que, como es natural, pasaba por la suya personal.

Sin embargo, si el mismo hecho lo hubiese vivido desde la vertiente de la parte “inocente”, mi experiencia no se hubiese parecido en nada a la que he descrito. Tan sólo hubiese sentido el rechazo visceral al hecho, hubiese desahogado mi 'indignación' con cuatro bravuconadas, ahorrándome lo más penoso, pero también lo más positivo: el “dolor” que buscaba la “recuperación”. Es decir, en este hecho concreto, que no tiene nada del otro mundo, se dieron en mí -¡que ni soy Jesús, ni lo voy a ser nunca!- las dos actitudes que hemos visto en Él y que, a lo mejor, nos parecían impensables en la misma persona y al mismo tiempo. Tan sólo tuvieron que darse unas circunstancias concretas para descubrirlas en mí mismo.

Pero pasemos a una cita más peligrosa (Jn 18, 3-9). Es la escena del Prendimiento de Jesús en el Huerto, descrita por Juan: “*Judas, pues, llega allí con la cohorte y los guardias enviados por los sumo sacerdotes y fariseos, con linternas,*

antorchas y armas. Jesús que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ¿A quién buscáis? Le contestaron: 'A Jesús el Nazareno'. Díceles: 'Yo soy'... Cuando les dijo 'Yo soy', retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó de nuevo: ¿A quién buscáis? Le contestaron: 'A Jesús el Nazareno'. Respondió Jesús: 'Ya os he dicho que yo soy; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos'.

Esta escena al comienzo de la Pasión tiene un gran alcance. El “retroceso” de todos los que van a detenerlo (“cayendo en tierra”), simboliza que todo lo que va ocurrir en adelante podía haber quedado paralizado. Es decir, no que lo han 'pillado por sorpresa': “nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18). En efecto, la segunda vez que responde, añade: “si me buscáis a mí dejad marchar a éstos”. Es decir, los Derechos Humanos (**DDHH**) de los que le rodeaban se salvaron totalmente, mientras él perdió los suyos. Jesús no puso en primer plano sus “derechos” sino los de los demás. (Tampoco en la escena de la expulsión del templo defendía ningún “derecho propio”). Reflexionemos pues brevemente sobre los **DDHH**.

Qué duda cabe que la Declaración de los **DDHH** ha sido un logro para la Humanidad: el reconocer que toda persona, por el hecho de serlo, tiene unos derechos inalienables es un hito en la Historia. Pero en los logros más sublimes 'se nos ve el plumero'. El mismo número hubiese salido si, en vez de declarar 'derechos' hubiésemos declarado 'deberes'. ¿Dónde está la diferencia?

Declarando Derechos, la primera conclusión que saco es que soy un “sujeto de derechos” y me convierto en el centro. Desde este convencimiento, estaré tan atareado en sacar adelante 'mis' derechos que no tendré tiempo para ocuparme de nada más, pues nunca me parecerá que están plenamente satisfechos. Por el contrario, si se hubiesen declarado 'deberes', empezaría por considerarme “sujeto de deberes”, es decir, el centro serían los otros, convirtiéndome en un ser responsable. Dicho de forma más sencilla: el “sujeto de derechos” **exige**, el “sujeto de deberes” **se responsabiliza**. El primero se considera **intocable**, el segundo **se interpela**, y lo más importante: **mis derechos nunca estarán en mi mano, mis deberes sí**. Pero volvamos al **Ev**.

En efecto, Jesús salva los derechos de todos los que le acompañan, pero pierde los suyos. No es casualidad que los indiscutibles defensores de los **DDHH** han perdido la vida, empezando por Jesús y siguiendo por Gandhi, Martín Luther King..., y tantos otros. Es decir, tendríamos que plantearnos hasta qué punto la Declaración de los DDHH sirve para sacar a flote los “derechos inalienables” del ser humano. ¿De qué ha servido dicha “Declaración” para tantos millones de personas que no disfrutaban de los más elementales? A veces tengo la sensación de que los únicos que sí sacan partido son los cínicos: “¡¡¡Es que yo tengo derecho...!!!”

Reflexionemos un poco: quizás convenga caer en la cuenta de lo siguiente:

- 1º.- No soy el único que tiene 'derechos': **todos** los demás tienen los **mismos**.
- 2º.- El que todos los tengan, quita 'brillo' a los propios: **¡no soy el único!**
- 3º.- Por otro lado, no está en mi mano el que los demás respeten 'mis' derechos: a lo más podré 'denunciar', pero no asegurar.
- 4º.- Sin embargo, **sí está en mi mano** el **deber** de respetar los derechos del otro: nadie podrá hacerlo por mí.
- 5º.- Si sólo se nos educa a **exigir** que los demás respeten **mis** derechos -cosa que nunca

podré asegurar-, y no a responsabilizarme del **deber** que cada derecho exige de mí -lo único que **sí está en mi mano**- esto tiene poca salida: si todos **exigen**, ¿quién **se responsabiliza**? Por tanto,

6°.- el futuro de los **DDHH** no está en **exigirlos** sino en asumir personalmente el **deber** **que lleva consigo cada derecho**.

7°.- **Educar no es exigir sino responsabilizar**.

En conclusión, habría que abogar por la **Declaración de los deberes humanos**. Los **DDHH**, tal y como los concebimos, sólo posibilitan la protesta y la exigencia. Esto desemboca en el **Estado de derecho**, en el que lo **jurídico** es la única referencia, no la **libertad personal** -¡responsable!-. No somos **sujetos de derechos**, sino de **deberes**.

Y es que, propiamente, el único **sujeto de derechos** en sentido estricto, es el **niño**, y muy pequeñito, hasta tal punto que si sus derechos no son satisfechos, muere. En efecto, el mismo niño al que no discutimos 'exigencias' en sus primeros meses -'¿Qué le pasará?', nos preguntamos-, le echamos en cara sus 'caprichos' a partir de los tres años. Es decir, empezamos a negarle cosas: '¡Nada de caprichos!', y a exigirle pequeñas responsabilidades. No le hablamos de derechos -¡ellos los tienen muy claros!-, sino de obligaciones. Y cuando a algún niño se le consienten sus "caprichos", todo el mundo opina que se le está haciendo daño. [Volverá a salir el tema.] En una palabra, empezamos siendo un sujeto estricto de derechos, porque no podemos ser otra cosa, pero estamos llamados a convertirnos en **sujeto de deberes**, responsables, capaces de 'hacernos cargo' de la realidad.

Curiosamente, en la vejez, volvemos a ser **sujetos de derechos** en sentido estricto. ¡Terminamos como empezamos! Pero, ¿en medio?, somos **sujetos de deberes**. En efecto, el adulto, será tal, si se convierte en sujeto de deberes, dejando de ser el niño exigente que empezó siendo. Y es que, ¿cómo saldrán adelante los **DDHH** si nadie se responsabiliza? En eso consiste la madurez. Posiblemente nos cueste el ponernos de acuerdo a la hora de definir en qué consiste dicha madurez, pero todos coincidimos en seguida es en percibir su ausencia: el "inmaduro" no lo describimos, lo padecemos. Hay un dicho genial para definirlo: "A este le falta un hervor", es decir no ha crecido, sigue siendo un niño.

Es el callejón sin salida de la fijación: en nuestro Primer Mundo, somos cada vez más "niños" frente a un "papá Estado" en el que descargamos todos los "deberes". Más aún, nuestro respeto exacerbado al niño, lo afianza en su convicción de que es lo más grande y poco menos que definitivo, cuando lo que habría que descubrirle es su "provisionalidad", que está llamado a crecer, a dejar de ser niño. El deseo de "ser mayor" que yo tenía de niño ¿se da hoy con la misma fuerza? ¿Hemos dado carta de ciudadanía a *Peter Pan* en nuestra sociedad? Estamos incapacitando para la madurez, para el crecimiento, y creo que los resultados se palpan.

Por tanto, los **DDHH**, para una persona responsable, ¡y más para un cristiano!, tienen que empezar por los demás. Si no, se convierten en una actitud individualista y cínica. Cuando nos encontramos con una persona obsesionada por sus derechos y que sólo sabe exigir, le damos de lado: es una amenaza, aparte de que estará siempre amargada, porque pone el logro en aquello que nunca estará en su mano.

Volvamos, pues al **Ev** que es el que nos ha llevado a estas concreciones. Las tres citas a las que hemos acudido para resolver la aparente “contradicción” de un Jesús manso y 'violento', nos han proporcionado los siguientes datos: a Jesús se le compara con el Siervo de Yavhé que trae la Justicia sin gritos ni disputas, sino recuperando lo irrecuperable (Mt 12, 15-21). Este Jesús nunca pacta con la mentira o la injusticia, aunque tampoco convierte la verdad en “arma arrojadiza”. Es decir, ni agrede, ni se inhibe. Por último, hasta tal punto no se inhibe, que por sacar adelante la justicia, pierde todos sus derechos. Es decir, la actitud de Jesús no es nada simple: ni se lo traga todo en aras de la mansedumbre, ni arrasa en nombre de la ‘verdad’ y la ‘justicia’. Lo que sí es verdad es que los derechos de los demás salen a flote, aunque los propios los pierda.

Resumiendo:

1.- Los pasajes donde aparece un Jesús manso, haciendo el bien, nos revelan una apuesta por la **recuperación**, no una “bonachonería” tonta.

2.- Los pasajes donde aparece un Jesús enérgico, contundente, violento, nunca se dan en un contexto de defensa propia, sino que **no se puede pactar con la injusticia, la mentira**. Pero esa contundencia no se olvida de la “recuperación” del otro y le duele que no la aproveche (Mc 3, 1-5).

3.- Jesús pierde todos sus “derechos”, pero saca a flote los de los demás (Jn 18, 9). **Los DDHH empiezan por los demás.**

Es decir, frente a la *inhibición* y a la *agresividad*, estaría la *asertividad* (¿y por qué no decir, sin más, la *mansedumbre* de la que habla la Bienaventuranza: una actitud recuperadora porque ni se inhibe, ni agrede?). No se puede pactar con la mentira, pero tampoco se puede utilizar la verdad como pretexto para eliminar al otro o para imponerla, porque la verdad si la impongo deja de serlo, por lo pronto para el que se la impongo y, lo que es más interesante, se le incapacita para acceder a ella. Jesús, ante la realidad negativa, nos ofrece una actitud compleja, pero rica y recuperadora: no pactar con el mal, pero tampoco eliminar ni descalificar definitivamente al que lo provoca.

2.- Qué dijo Jesús sobre el poder-agresividad

Toda la problemática de esta **Bv** gira en torno al **poder** en su vertiente más peligrosa: la agresividad, nuestro “ministerio de defensa”. Vamos a aportar tres citas que abordan el problema del poder desde tres vertientes: la primera, será un serio **aviso** del peligro de la agresividad -en cuanto venganza- y la razón profunda para no dejarse llevar por ella. La segunda, nos presentará la única **alternativa** al poder: el servicio. La tercera, **urge** la reconciliación frente a la ruptura a la que lleva todo agresividad-venganza.

La agresividad está demasiado presente en la historia humana y personal como para creer que es un problema más o menos anecdótico. En este texto va a desenmascarar una trampa que hemos convertido hasta en “Ley” y a ofrecernos vivencias para superarla, no con la sensación de renuncia o fracaso, sino de logro y superación.

Vamos a transcribir la versión de Mateo que tiene dos partes: la primera es (Mt 5, 38-42): “*Habéis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente’*. Pues yo os digo: *no resistáis al mal, antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele la otra;*

al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda. El texto no puede ser más expresivo y chocante. Para interpretarlo correctamente, conviene no salirnos del **Ev**. ¿Qué puede significar el “ofrecer la otra mejilla”?

El **Ev** de Juan nos cuenta que en el juicio ante el Sanedrín, uno de los guardias le dio una bofetada (Jn 18, 22-23). Ante la pregunta del Sumo Sacerdote sobre sus discípulos y doctrina, Jesús responde que nada ha hablado a ocultas sino abiertamente, que pregunte a los que le han oído. Ante esta respuesta, un 'pelotas' le da una bofetada. Pues bien, Jesús no le pone la otra mejilla, sino que le pregunta: *Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?* Es decir, no le pone la otra mejilla; pero lo que no hace es devolvérsela (que es la reacción espontánea que nos sale).

Ahora bien, la cosa no es tan pasiva: no se limita a no devolverla sino que le pregunta: ¿Qué te parece lo que has hecho? Una vez más lo remite a la inteligencia y, a lo mejor, cuando volvió a su casa solo, al terminar su 'guardia' cayó en la cuenta el 'sin sentido' de su reacción y en adelante no volvió a dar una bofetada para quedar bien con el 'jefe': 'se recuperó'. No lo sabemos, pero la oportunidad se le ofreció...

Pero volvamos al texto de Mateo. Y es que en realidad, lo que provoca, espontáneamente, en nosotros una acción de ese tipo, es devolverla. Y es una reacción tan compulsiva que se ha incorporado a la estructura de nuestro psiquismo más profundo convirtiéndose en la **Ley del Talión**.

Por lo pronto, la 'Ley del Talión' se considera en ámbitos jurídicos como un avance en el camino hacia lo ético: es ya un logro el 'sacar el ojo' y no cargarse al que ha delinquido. Sin embargo, no estoy de acuerdo en este supuesto 'logro'. Si estos son nuestros logros, todos vamos a terminar 'ciegos'. En realidad, la reacción no es un avance moral, ni siquiera jurídico, sino algo de otro ámbito, el psicológico.

En efecto, dicha reacción consiste en volver al mecanismo más primitivo de comportamiento que tuvimos de niños. Por tanto es algo “regresivo” - y como todo lo regresivo es muy apetecible y produce un gran placer- que consiste en *imitar y repetir* lo que ve. Este mecanismo tuvo unas ventajas sorprendentes en nuestra infancia de cara al aprendizaje: un niño, que su padre habla un idioma y su madre otro, puede aprender a la perfección los dos con el cerebro que tiene). Pero al ser un mecanismo tan primitivo no pasa por nuestros niveles de control (inteligencia y voluntad), y sencillamente se nos “dispara”. Ahí está su peligro: que no consiste en un avance sino en un retroceso.

Esto supuesto, ¿qué quiere decir *ojo por ojo*?: tú me has sacado el ojo derecho, yo tengo que sacarte también el derecho, y así hago “justicia”. ¿En qué consiste esta justicia? ¡¡¡En *imitar y repetir* la atrocidad que tú has hecho conmigo!!! De modo que para 'hacer justicia' hay que imitar y repetir la 'injusticia' que queremos eliminar. Es una irracionalidad de tal calibre que la única explicación posible para que se halla incorporado a la “Ley” es la '**gozada**' de la **regresión** a la aludimos. Cuando nos encontramos en situaciones de suma impotencia, indignación, **regresamos** a los mecanismos que tuvimos en la etapa más desvalida de nuestra existencia. Y no

olvidemos la observación de **Freud** de que todo lo regresivo es altamente gratificante.

En efecto, la **venganza** es tan “nuestra” que necesita poca explicación. Es la descarga compulsiva de nuestra agresividad. Esto produce una gran satisfacción. Cuando la venganza -pocas veces confesada pero siempre experimentada por dentro- se lleva a cabo, es un ‘gustazo’, produce un gran “placer”, y esto es muy peligroso. Todo lo que produce un placer inmediato y seguro, no estamos dispuestos a renunciar a ello, del mismo modo que la atracción del “billete” encontrado, imposibilitaba que se quedase allí. La satisfacción que da ver caer sobre ‘nuestro enemigo’ el mal que nos hizo, no estamos dispuestos a privarnos de ella. La reacción que veíamos en Santiago y Juan era muy bruta, pero muy nuestra.

Sopesar esta reacción tan primitiva con nuestra inteligencia, preguntarnos **¿qué nos parece?** puede abrirnos los ojos y descubrir que no es solución para nada, sino multiplicación del mal y, como uno se descuide, meterse en la espiral de la violencia. Y el ‘gustazo’ que produce nos deja ‘agriños’: la ‘resaca’ de la venganza nunca es buena.

En este contexto puede ayudarnos la doble ley que el padre de la no-violencia, **Gandhi**, descubrió: “... *El sufrimiento es la ley de los seres humanos; la guerra es la ley de la jungla. Pero el sufrimiento es infinitamente más poderoso que la ley de la jungla para convertir al adversario y abrir sus oídos –que, de otro modo, estarán cerrados- a la voz de la razón.*”¹

Si nos fijamos, a la hora de confrontar el alcance de estas dos leyes tiene como horizonte lo que nosotros hemos denominado ‘recuperación’. En efecto, la guerra (‘ley de la jungla’), no recupera nunca, elimina e impone, pero él no dejarnos llevar del ‘ojo por ojo’ (la venganza), el no defendernos (nuestro ‘Ministerio de defensa’), supone lo que nosotros denominamos ‘aguante’, y éste lleva consigo sufrimiento (‘ley del sufrimiento’). Esto quiere decir que no empiezo por ‘mis derechos’, que no me convierto en intocable, sino que me preocupa ‘convertir al adversario’ (que se recupere). Esto siempre es verdad y, cuando no se dispara nuestra venganza o no nos dejamos llevar del miedo al sufrimiento, muestra automáticamente su eficacia. El problema es que no estamos dispuestos a renunciar a la ley del Talión y menos aún a sufrir lo más mínimo, y ello impide constatar el alcance de lo contrario. Y voy a poner algunos casos.

Y el primero es un dato histórico: **Gandhi**, aquel hombre menudo, liado en una sábana, consiguió la independencia de la India sin un arma. Esto es un hecho histórico. Pero la historia es cínica -como el ser humano-. A partir de aquel hecho sorprendente, ha habido conflictos sangrientos (y sigue habiéndolos), y nunca surge la menor alusión a buscar medios acordes con los que aquel hombre utilizó. Pero es que años más tarde, surge **Martin Luther King**, los pone en marcha y consigue lo que parecía imposible...

Pero frente a estos hechos de gran trascendencia podemos descubrir en lo cotidiano confirmaciones de esta sorprendente ‘ley’. En el primer suburbio en el que vivimos, todas las familias eran gitanas, menos dos. Todas ellas procedían de cuevas que amenazaban ruina ante el temporal de aquel año (1962). Como es natural, la escolarización de aquellos niños había sido nula. En el suburbio improvisado, empecé

1 **Gandhi**, *Mi religión*, Sal Terrae, 2007, p 123

una escuela, más improvisada todavía, porque se instaló en un autobús abandonado. Quitaron los asientos y pusieron unas mesas y sillas para los pocos niños que acudían. Aquel año que nosotros llegamos, vino también de maestro Don Antonio, un muchacho recién terminada su carrera. Los pocos niños que acudían, ya os podéis figurar la 'disciplina' que eran capaces de soportar. Pues bien, aquel hombre 'aguantó' su primer año (lo padeció, lo **sufrió**) de tal forma que al terminar tuvo que ir al psicólogo: había quedado hecho polvo. Pero cuál no fue la sorpresa, que al año siguiente se le entregaron totalmente aquellos niños: iban a esperarlo al tranvía, y lo acompañaban cuando marchaba. Hasta el día de hoy, a veces me encuentro con antiguos alumnos que me comentan lo agradecidos que ellos están a Don Antonio. Ahora bien, lo que os puedo decir es que aquel hombre en su primer año **nunca se vengó**, soportó (**sufrió**, palabra maldita hoy día) pacientemente una realidad que era imposible cambiar de golpe, pero que sorprendentemente se topó con un logro que ni podía haber sospechado. Y aquí hay que tener en cuenta algo importante: nadie recupera a nadie, es la propia persona la que tiene que recuperarse. Lo único que podemos es no poner impedimentos a dicha recuperación y el impedimento más claro es 'imponerla'.

Otra confirmación de esta 'ley' me la contó mi amiga Magda. Estaba estudiando Asistente Social, y por su cuenta iba asiduamente a un suburbio de la ciudad en la que vivía. Surgió un problema que tenía que ver con la escolarización de unos niños de aquel barrio. Los padres habían pedido insistentemente la solución del problema. Finalmente decidieron ir a la Delegación de Educación. Como ya alguna vez les habían negado que estuviese en la Delegación la persona que tenía que resolverlo, esperaron lejos de la puerta para estar seguros de que había llegado. Entraron, pues, a solicitar la entrevista, y les dijeron lo que otras veces: que no había llegado. (No tenemos que llevarnos las manos a la cabeza, pues posiblemente todos los que estamos aquí alguna vez en nuestra vida hemos dicho, 'Si viene fulanito, que no estoy'). Pero como esta vez sabían que estaba, uno de ellos fue decidido a la puerta del despacho y la abrió sin llamar. El interesado, al ver la 'invasión' del grupo (unas diez personas), se levantó y dijo al que había abierto la puerta: “¡Animal! ¿Qué hacen ustedes aquí?”, y asustado por el 'asalto' gritó: “Seguridad, que venga Seguridad”. Entonces, el que había abierto la puerta dijo sin más: “Pues por eso venimos, porque no queremos que nuestros hijos sean tan 'animales' como nosotros”. Decir esto el vecino, sentarse el del despacho, y ofrecer asiento a los demandantes, todo fue una. Y el problema se resolvió. La no imposición posibilita que la inteligencia pueda intervenir. Desconcierta tanto que no me impongan, sino que con decisión serena se me presente el problema, que se despejan los miedos defensivos y hace posible que la razón actúe.

Pero pasemos a la segunda parte del texto que citamos (Mt 5, 42-48): “*Habéis oído que se dijo: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tus enemigos. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿que hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’*”. Y Lucas termina el mismo pasaje diciendo: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*” (Lc 6, 36).

“*Habéis oído que se dijo...* Se rompen la cabeza los escrituristas buscando esta cita en el Antiguo Testamento, y yo me pregunto, ¿por qué tenemos que buscarla en la Escritura? ¿No es esto lo que todos “decimos”? No sólo “se dijo”, sino se dice y “se seguirá diciendo”. El *odiarás a tus enemigos* lo llevamos incrustado en nuestro psiquismo, como también llevamos la venganza, y no renunciamos espontáneamente a su satisfacción.

Pues bien, ante esta realidad tan peligrosa, Jesús nos remite, nada menos que a la “perfección” de “nuestro Padre celestial” que no excluye a nadie -ha optado por la “recuperación”- y “*hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*”. ¡Este Padre es “nuestro”!, ya seamos *buenos* o *malos*. Jesús nos remite a la dimensión recuperadora que lleva todo padre respecto a sus hijos, porque “*si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo al que se lo pida?*” (Lc 11, 13). Necesitamos este Espíritu Santo para que esta actitud recuperadora -*misericordiosa*- del Padre celestial hacia *todos*, nos “libere” de esta “tentación”. Y es que si relacionamos la conclusión de Mateo con la de Lucas tenemos que concluir que la **perfección** de Dios consiste en su **misericordia**, su apuesta por la recuperación.

Hace años, después de un atentado de ETA en Zaragoza, en el que murieron dos niñas de unos diez años, en un programa de radio en que los oyentes llamaban por teléfono para opinar, uno de estos “espontáneos” dijo que lo que había que hacer es ir a un centro comercial de Bilbao (cuyo nombre dio, pero no recuerdo) y poner una bomba. El locutor, como es lógico, empezó a hacerle reflexionar sobre la barbaridad que proponía, pero el otro no se apeaba de su “propuesta”. El final fue que el locutor tuvo que colgarle el teléfono.

Por aquellos días tuve que ir a tener una charla a un grupo de mujeres sobre el sentido cristiano de la Navidad frente al consumismo y tener una Eucaristía. Serían unas 15 mujeres, por lo que aquello se convirtió en un coloquio interesante y espontáneo. Como es natural, apenas salió el tema del consumismo, imponiéndose el hecho del atentado. Yo les expliqué el mecanismo del *ojo por ojo*: cómo una “barbaridad” nos hace “bárbaros” por la venganza que se nos dispara. Una mujer joven, sentada a mi derecha exclamó de repente: “¡Qué horror! ¡Podemos hacer cosas que hacen malos a los demás!” Es decir, el mal que nos rodea, nos hace malos, saca lo peor de nosotros mismos. ¡Podemos ir por la vida haciendo malos a los demás! A veces, lo que criticamos, lo hemos provocado. Conviene tener presente este **aviso**, que una mujer sencilla formuló certeramente: todos llevamos dentro un mecanismo al que podemos regresar cuando nos sentimos amenazados, que nos hace sacar lo peorcito de nosotros mismos.

Pero pasemos a Mateo (20, 20-28). La primera parte del texto es bastante pintoresca: el **Ev** nos presenta a la madre de los Zebedeo, que “se postra” ante Jesús para pedirle algo. Mi padre decía que esta mujer era la patrona de las recomendaciones. En efecto, ante la pregunta de Jesús sobre qué quiere, ella responde: “*Manda que estos dos hijos míos, se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino*”. Como buena madre quería dejar “colocados” a sus hijos y ella había oído que Jesús ‘iba de rey’... Pero la forma de ‘recomendar’ no puede ser más inadecuada. En vez de insinuar, ‘si es posible...’, lo convierte poco menos que en una orden: “Manda que estos dos hijos

míos...” Aquí descubrimos a quién habían salido los niños (¡los 'Boanerges'!).

Jesús ante este acoso va a mostrar una gran habilidad cargada de humor. En efecto, les pregunta a los hermanos: *¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?* No sé la cara que pondría un exegeta, pero a mí esto me suena de la siguiente forma: ante la propuesta de “beber una copa”, dice Mateo que ellos dijeron: *“Sí podemos”*, es decir, “si es cuestión de beber una copa, y dos también...”. La pretensión de la madre, se ve alentada por la decisión de sus hijos para ocupar a toda costa los dos primeros puestos 'en su reino', lo que crea una seria tensión en el grupo, como veremos a continuación. Jesús se encuentra ante una 'mama encelada' con sus hijos, y ¿quién le dice a una madre que sus hijos son un poco brutos...? Ante esta situación delicada, Jesús va a mostrar todo su humor (¡una persona sin humor es un peligro público!): ¿cómo quitarse de encima, sin herirla, una madre 'encelada' con sus hijos? *Les dice Jesús: “Mi copa, sí la beberéis, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre”*. La cara que pondría la buena mujer, “¿y dónde encuentro yo su 'padre'?... Y vienen los 'teólogos' a elucubrar: ¿Y cómo el Hijo no sabe lo que quiere el Padre...? Y es que Jesús no está aquí dando una clase de teología, sino quiere quitarse de encima aquella “madraza” que pedía una cosa sin sentido, y la única forma que se le ocurre es decir que no es cosa suya sino 'de su Padre', y mientras va en busca de él, intentará 'arreglar' el conflicto que han creado en el grupo.

En efecto, la pretensión de los dos hermanos planteada en la petición de su madre, indigna a los otros diez. Es el típico problema de “lucha por el poder”. ¡Iban a codazos! Esto es un consuelo para todos nosotros: Jesús se rodeó de “petardos” como nosotros. No hay nada idealizado en el **Ev**. Si aquellos 'impresentables' fueron llamados, y terminaron siguiéndolo, ¡también nosotros podremos hacerlo! ¡Si aquellos 'colaron', también nosotros colaremos! Y Mateo prosigue: *“Mas Jesús los llamó y dijo: Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder”*. ¡No pone excepciones! Más aún, Lucas, en el versículo paralelo añade: *“y se hacen llamar bienhechores”* (Lc 22, 25). ¡Cuántos criminales, que arruinaron a sus pueblos, tienen monumentos!

La afirmación no puede ser más pesimista acerca de la utilización del poder. La frase recuerda otra afirmación que el libro de la Sabiduría pone en boca del impío: *“Sea nuestra fuerza la norma de la justicia, porque lo débil se manifiesta inútil”* (Sab 2, 11). Dolorosamente tenemos que admitir que este principio ha sido el eje de la historia y se nos cuele en los mejores “logros”, como puede ser la ONU: ahí se encuentran todas las Naciones, teóricamente en plano de igualdad. Sin embargo, los países más “poderosos” (¡los más 'brutos'!, los que poseen más poder militar) tienen derecho a 'veto', que no es lo mismo que 'voto'. Es la institucionalización del cinismo que encierra la frase del impío: “Porque soy más fuerte, tengo más verdad”... y resulta que la verdad no necesita fuerza, es ella misma. Más aún, cuando está dicha desde lo más bajo, desde los más débiles, es más verdad; pero si necesita “fuerza” o “prestigio” es que es mentira.

Pero Jesús no para ahí y ofrece una alternativa al poder. Vamos a escucharla y a preguntarnos **¿qué nos parece?** He aquí su propuesta: *“No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo, de la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate*

por muchos” (si en vez de decir “como rescate” decimos “para recuperación”, quizás en el contexto de esta **Bv** nos sugiera mucho más).

La propuesta no puede ser más chirriante: ¡convertirse en “servidor” y “esclavo” de los demás! Sin embargo yo propongo que no nos dejemos llevar por nuestras reacciones primarias y, menos aún, por lo que todo el mundo da por supuesto y nos preguntemos: **¿qué nos parece?** Posiblemente nos llevemos una sorpresa.

Os pregunto: en vuestra valoración personal, ¿quién ocupa el primer puesto? Aquella persona con la que sé 'puedo contar con ella', sea la hora que sea, en las circunstancias que sean, en cualquier dificultad. Es decir aquel que es para mí como si fuese mi “servidor”, mi “esclavo”. Y es que la valoración auténtica no está en la admiración -normalmente admiramos lo que envidiamos-, sino en el agradecimiento -aquella persona que agradecemos haber conocido-. Es decir, el primer puesto en mi valoración lo ocupa la persona servidora y disponible (¿como 'esclavo?'), no el 'chulo' de turno. Pero esto tiene una consecuencia: según Jesús, **la única alternativa al poder, es el servicio.**

Como decíamos al comienzo, 'somos puro poder'. El problema está en qué hacemos con ese conjunto de poderes, de potencialidades, de capacidades... que tenemos. Parece que Jesús lo tiene claro: **servir**, y se pone como ejemplo. *“Como el Hijo del hombre, no ha venido a ser servido, sino a servir...”* ¿Sólo el “Hijo del hombre”? ¡Toda persona!

En efecto, todos hemos tenido que 'ser servidos' durante años: hemos estado recibiendo gratuitamente a lo largo de toda la infancia y la adolescencia. Pero esa situación debe cambiar y, de 'ser servido' tengo que dar el paso a 'servir'. Es la paradoja del ser humano llamado a vivir etapas llamadas a superarse negándolas. ¿Es, pues, un disparate decir que todos hemos venido a servir y no a ser servidos? ¿Está fuera de lugar decir que el poder político -y cualquier poder- está llamado a servir, y no a “dominar como señores absolutos” ni a “oprimir”? ¿Es esto un disparate? Qué es lo que exigimos al que accede a cualquier 'poder', ¿que abuse o que sirva? ¡**A lo mejor el Ev es verdad!**

“... y dar su vida como rescate por muchos”. Con este final Jesús resume su postura en la vida. Pero esta postura ¿es sólo para Jesús? ¿Los demás hemos “venido” para otra cosa? La vida es el don por excelencia. Todos los demás dones vienen después. Sin vida no hay posibilidad de ningún otro don, no tengo dónde colgarlo... Pues bien, el único verbo que da sentido a la vida es el verbo *dar*. Ni “pasar”, ni “conservar” -tenemos que dejarla, no somos 'cebollitas en vinagre'-: la vida que se nos ha dado (¡nadie echó una solicitud para vivir!), habrá que devolverla, **darla**, y **la única manera de dar la vida es sirviendo.**

Y aquí quiero remitir a una peculiaridad del idioma español que confirma la apuesta de Jesús en esta alternativa. Cada idioma tiene alguna genialidad. En el nuestro tenemos una a la que sacamos poco partido, pero, al menos, conviene ser conscientes de ella. Me estoy refiriendo a las dos formas de expresar el verbo ser: **ser** y **estar**. En efecto, no los usamos indistintamente. Si yo te pregunto: “¿Cómo estás?”, tú me respondes con toda naturalidad: “Pues estoy bien. Ayer estaba regular, pero hoy estoy en forma”. Pero si te pregunto: “¿Cómo eres?”, ya no sabes qué contestarme, sobre todo si

te rodean personas que te conocen y conviven contigo. ¿Por qué no sabemos qué responder? Porque en el primer caso se trata de tu “ser” situado espacio-temporalmente: “aquí y ahora” mi “ser” es satisfactorio. Es decir el verbo **estar** expresa el ser circunstanciado espacio-temporalmente. Pero cuando te pregunto '¿cómo eres?', se trata de tu ser en sí, más allá de toda circunstancia, y entonces no sabes qué decir, porque unos días 'estamos' en plena forma, y al día siguiente 'estamos' hechos un desastre.

Desde esta perspectiva podemos entender en toda su profundidad la frase que el Éxodo (3, 14) pone en boca de Yahvé: “*Yo soy el que soy*”. Sólo Dios “es”, los seres humanos “estamos como podemos”. A veces nos tragamos libros escritos en idiomas que no han descubierto esta genialidad de la diferencia entre 'estar' y 'ser', en los que se nos anima a que 'tenemos que ser', cuidar nuestro 'ser'. Nosotros tendríamos que decir que lo único que podemos controlar es el 'estar', es decir, un ser siempre circunstanciado, no sólo cargado de realidad sino que tiene que 'hacerse cargo de ella'...

Pero ahora viene lo sugerente para el tema que nos ocupa: si yo te pregunto **¿qué eres?**, tú me respondes con tu **profesión**: “Yo soy médico”, “yo soy albañil”... ¿Qué es la profesión para una persona? Su **capacidad de servicio responsable** (no su “buena voluntad”). Es decir, lo que nos da **ser**, es la responsabilidad de nuestro servicio. Si mi profesión es médico, lo soy hoy, pero lo era ayer y lo seré mañana. Se me puede exigir responsabilidad por mi servicio prestado y así en todas las profesiones. Es decir, esta expresión del español coincide con la apuesta de Jesús: “no ha venido a ser servido, sino a servir”. ¡Nos quedamos sin ser, si no servimos!

Lo peor que se puede decir de una persona es que “no sirve”; y, por el contrario, lo más grande que puede decirse de alguien es “que sirve”. Hace muchos años, estábamos recogiendo aceituna en una zona muy accidentada: el cortijo estaba situado en una hondonada y para llegar a los olivares había que subir cuevas agotadoras. Teníamos un encargado que siempre iba a caballo: nunca lo vi 'descabalgado': ¡hasta comía encima del caballo! Daba la impresión que dormía con el caballo 'puesto'... Por otro lado, aquel año había habido mucha aceituna, pero como no había llovido suficiente, era muy pequeña y casi toda estaba en el suelo. Nuestros riñones estaban como podéis suponer... Pues bien, este hombre a caballo dice de repente: “Yo, a mucha honra, nunca he doblado el espinazo”. Ya os podéis figurar lo que nos entró por el 'espinazo' a todos los que estábamos agachados cogiendo aceituna.

A veces, el ser humano puede degradar lo que lo realiza y sostiene: vivimos, gracias a los servicios que nos rodean, y con que uno falle, todo está de cabeza. Recuerdo cómo describían amigos míos de Málaga una huelga de la limpieza en pleno verano, que duró unos veinte días. Comentaban que la gente estaba hasta más agresiva. Y era un servicio el que había fallado. La sociedad se mantiene gracias a servicios recíprocos. No puede soportar el parasitismo...

Pero pasemos a Mateo (5, 25-26). Ante el riesgo de una agresividad que llevamos dentro y se nos dispara para eliminar al que me ha hecho daño, Jesús nos urge: “*Ponte en seguida a buenas con tu adversario mientras que vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez, el juez al guardia y te metan en la cárcel. Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo*”.

La propuesta tiene un carácter de urgencia: *en seguida*. Si no se reacciona con rapidez, el mecanismo ciego del *ojo por ojo* desencadenará todas sus dinámicas y la posibilidad de **recuperación** desaparecerá.

Jesús confronta las soluciones de nuestra “justicia”, que, en realidad no distan mucho de la lógica del “ojo por ojo”, con su propuesta recuperadora. En efecto, no nos engañemos creyendo que al haber eliminado de nuestras legislaciones “la pena de muerte” y otras truculencias, el “ojo por ojo” queda superado. Su aplicación estricta estará superada, pero no su dimensión mitigada. En efecto, la cárcel no “elimina”, pero sí “aparca”. ¿Qué es la cárcel sino “quitar de en medio” al que de alguna forma perturba mi “seguridad”? Pero esta “justicia” no lleva consigo la preocupación por la recuperación del “injusto”. ¡La cárcel no suscita recuperación, sino que a veces empeora! Otra cosa es que hoy empiece a plantearse este problema en la política penitenciaria, preocupación que, a veces, parece haberse limitado a mejorar las condiciones materiales dentro de la cárcel. Por mi barrio corre la convicción de que ahora, allí tienes de todo...

Pero lo que plantea Jesús es otra cosa: no es la mejora de las condiciones (que tendrán que ser 'dignas', como ahora decimos), sino la recuperación de la persona, de forma que no llegue a 'entrar en la cárcel': *ponte de acuerdo mientras vas con tu adversario por el camino*. En efecto, toda recuperación pasa por el 'ponerse de acuerdo' con el otro, al que mi 'ministerio de defensa' está dispuesto a eliminar. Pero esto ha de hacerse con urgencia, es lo primero que hay que intentar (*mientras vas con tu adversario por el camino*). La mentalidad actual parece ir por otros derroteros: desde el prepotente y arrollador **Estado de derecho**, lo único cuenta es la **seguridad** individual. Hoy día, en cuanto te descuides, te citan a juicio, te llevan a los tribunales, te denuncian... Estamos amenazados por doquier en nombre de la 'seguridad', pero no planteamos horizontes recuperadores, de encuentro.

Este planteamiento de '*ponerse de acuerdo*' me ha llevado a la conclusión de que **toda victoria ha sido un fracaso**. Esto puede parecer un disparate, pero a ver si me explico: qué duda cabe que la humanidad agradeció de ganasen “los aliados” en la **Segunda guerra mundial**, y lo contrario no queremos ni imaginarlo. Sin embargo, lo que plantea aquí el **Ev** es algo previo: mientras 'vas de camino' a la confrontación, ¡'ponte de acuerdo'! Es la expresión en castellano de 'entrar en razón'. Esto es lo que siempre esperamos de la Alta Diplomacia: que evite la confrontación, y cuando esto no ha sido posible se considera como un verdadero fracaso. Sólo a partir de este fracaso se abre la alternativa de quién sería mejor que venciese... Cuando pasemos al apartado siguiente veremos una propuesta de Pablo que va en esta línea.

En resumen: ¿están fuera de lugar este **aviso**, esta **alternativa** y esta **urgencia**? Una vez más tenemos que plantearnos la doble pregunta que nos acompaña desde la primera noche: ¿**Qué nos parece?** y si lo **queremos...**

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO ACERCA DE LA AGRESIVIDAD

Y empecemos por una cita que alude expresamente al problema que Jesús nos

planteaba hace un momento: optar por la reconciliación en vez llevar a los tribunales. En (1 Cor 6, 1- 8), Pablo les echa en cara lo siguiente: *“Cuando alguno de vosotros tiene un pleito con otro, ¿se atreve a llevar la causa ante los injustos y no ante los santos? ¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si vosotros vais a juzgar al mundo, ¿no sois acaso dignos de juzgar esas naderías? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? Y ¡cómo no las cosas de esta vida! Y cuando tenéis pleitos de este género ¡tomáis como jueces a los que la Iglesia tiene en nada! Para vuestra vergüenza lo digo. ¿No hay entre vosotros algún sabio que pueda juzgar entre los hermanos? Sino que vais a pleitear hermano contra hermano, ¡y eso, ante infieles! De todos modos ya es un fallo que haya pleitos entre vosotros. ¿Por qué no preferís soportar la injusticia? ¿Por qué no dejaros más bien despojar? ¡Al contrario! ¡Sois vosotros los que obráis la injusticia y despojáis a los demás! ¡Y esto, a hermanos!”*.

En esta tarea de posibilitar la fraternidad hay que partir de un dato previo. La fraternidad es algo objetivo: mi hermano es mi hermano me guste o no, me dé vergüenza o me alegre... Otra cosa es que yo me comporte con él como tal. Las **Bvs**, como dijimos en la **Introducción**, plantean cómo hacer posible un comportamiento fraternal con quienes, de hecho, son tan hijos de Dios como yo. Más aún, esta tarea será la primordial para el cristiano, como veremos en la **7ª Bv**.

Pero veamos lo que plantea Pablo. Por lo pronto no se asusta de que haya 'pleitos' entre ellos. ¡Nada está idealizado en el **NT**! El problema es cómo se afronta dicho conflicto: ¿entre hermanos o entre adversarios? Los adversarios exigen, cada uno para sí, que se les dé la razón. Pablo, sin embargo enfoca el problema desde otra perspectiva: 'Al acudir a los jueces de este mundo en vuestros pleitos, no actuáis desde la convicción de que sois hermanos'. En efecto, la justicia de este mundo, por definición, no juzga entre hermanos, sino entre enemigos. Por tanto, uno tiene que salir vencedor y el otro vencido.

Para Jesús, sin embargo, lo que le preocupa, lo que con urgencia advierte es que lo que está en juego es la fraternidad misma. A la justicia de este mundo lo que le preocupa, lo que le obsesiona es que 'se haga justicia' caiga quien caiga o simplemente salvar “mi verdad”, “mi seguridad”. De este modo, en nombre de la 'verdad' estoy dispuesto, incluso, a eliminar (¿Narvárez?) y, sin llegar a ese extremo, a 'aparcar' al otro. La justicia que aquí plantea Pablo es una justicia 'entre hermanos', no 'entre enemigos'. Pero esta justicia no puede ejercerla un 'juez' (¡sólo Dios es Juez!), sino un **sabio**. En efecto, la reconciliación, el poner de acuerdo no es cuestión de aplicar leyes, sino de hacer pensar, de 'entrar en razón'. Es la justicia que Jesús plantea: la de un Dios **misericordioso** que opta por la **recuperación**. Como hermanos estamos llamados a reconciliarnos, no a prevalecer uno sobre el otro. Estamos llamados a recuperarnos, y para eso tenemos que encontrarnos como hermanos, “dolernos”...

Pero si no empezamos por esto, Jesús nos lo recordaba con realismo: *no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia y te metan en la cárcel. Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo*. Entramos en una dinámica implacable, que radicalmente imposibilita cualquier recuperación o reconciliación, que aunque no estemos dispuesto a reconocerlo es la del 'ojo por ojo'.

Una de las cosas más peligrosas que el ser humano ha de superar es la trampa

de creer que porque mis ideas son las correctas, mi comportamiento coincide con dicha 'corrección'. Es evidente que el discurso 'correcto' en materia penitenciaria apunta a la recuperación. Sin embargo, a veces, la realidad contradice cruelmente este discurso. Un matrimonio gitano amigo mío hace unos dos años acudió a mí para plantearme el problema de un sobrino de la mujer. El muchacho había estado enganchado a la droga años atrás, siendo sus hijos los que lo habían responsabilizado para salir de ella. (¡Cosas tan sorprendentes como esta ocurren en ese mundo tan turbio!). Pues bien, ya hacía cinco años que estaba trabajando (era un buen ferrallista) y sacando su familia adelante, cuando surge una causa 'pendiente'. A pesar de numerosas cartas que desde distintos ámbitos escribimos, volvió a entrar en la cárcel. ¿No es esto el puro y duro 'ojo por ojo'? Nuestra 'justicia' no va más allá de 'que pague lo que ha hecho'. Pero eso, ¿cómo se hace? Algunos de los delitos es imposible encontrar esta equivalencia. El único y gran logro es la **recuperación** del que ha delinquido, ¡nunca la amnistía! Pues en este caso no sirvió.

Dijimos que la vivencia más expresiva de la mansedumbre de Jesús se dio en la Pasión, pero de la Pasión trataremos detenidamente en otras **Bvs** y por eso tan sólo remitimos a Isaías 53. Ahora, sin embargo, sí vamos a aludir a un paralelo exacto de la Pasión y Muerte de Jesús: la “pasión” del primer mártir cristiano: Esteban (Hechos 7, 55-60). Esteban muere perdonando a los que le apedrean, como lo hizo Jesús: “...*Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios y dijo: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios». Entonces, gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre él; le echaron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. Los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo. Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió*”. Es la apuesta recuperadora frente a la vengativa.

Esta apuesta de Jesús por la mansedumbre, la sintetiza S. Pablo en Romanos (12, 17-21): “*Sin devolver a nadie mal por mal, procurando el bien ante todos los hombres, en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza, yo daré el pago merecido, dice el Señor. Antes al contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer y si tiene sed, dale de beber. Haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien*”.

Para vergüenza nuestra, tuvo que ser un no-cristiano, Gandhi, quien se tomó en serio esto de la no-violencia, de vencer al mal a fuerza de bien. “Dejad lugar a la Cólera”. ¡Dios es el único Juez! (“Mía es la venganza”, no nuestra). La prohibición de no vengarse es absoluta. Antes al contrario: “*si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber, así ‘amontonarás ascuas sobre su cabeza’*, o sea, “se pondrá colorado”. Una vez más, el mal, la agresión nunca recupera, el bien puede 'poner colorado', primer paso para la propia recuperación -¡sentir vergüenza!-.

En la 'formación' de todo Cuerpo represivo, lo único que hay que asegurar es que el 'adiestrado', cuando se lo ordenen, descargue el primer golpe contra quien tiene

delante sin plantearse nada más, porque el siguiente golpe ya no lo dará porque se lo ordenan, sino porque el 'atacado' ha reaccionado agrediendo físicamente o con insultos. Desde ese momento funciona por sí solo el mecanismo del *ojo por ojo*. Pero, cuando esta respuesta no se da, termina el agresor por avergonzarse. El único inconveniente son los golpes que uno va a recibir antes de que esta “vergüenza” desmonte el mecanismo.

Martin Luther King describe en uno de sus libros lo que aquí estamos comentando. En una ciudad en la que estaban llevando a cabo la campaña en pro de los derechos de los negros, ya estaba la cárcel llena, después de cuatro manifestaciones pacíficas, y decidieron tener una concentración delante de la cárcel para orar por los presos. Pues bien, allí estaba la policía. Pero cuando el jefe dio la orden de disolver el grupo orante, ningún policía actuó. Este hecho nos emociona y nos derretimos en ponderaciones. Lo que se nos olvida es que para que esto se produzca, han tenido que **sufrir** agresiones despiadadas '**sin devolver mal por mal**'.

Pero abordemos una acusación reiterada contra el cristianismo primitivo. En efecto, éste se encontró con una realidad sociológica sangrante, pero totalmente admitida, ante la que no luchó: la **esclavitud**. En nuestra época, esto nos escandaliza. El cristianismo, no sólo no hizo declaraciones en contra de su existencia, sino que se predicó la sumisión. Hay numerosos textos sobre el tema, por ejemplo (1 Pe 2, 18-25), pero vamos a citar uno especialmente llamativo, (1 Cor 7, 20-24): *“Que permanezca cada cual tal como le halló la llamada de Dios. ¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes. Y aunque puedas hacerte libre, aprovecha más bien tu condición de esclavo. Pues el que recibió la llamada del Señor siendo esclavo, es un liberto del Señor. Igualmente, el que era libre cuando recibió la llamada, es un esclavo de Cristo. ¡Habéis sido bien comprados! No os hagáis esclavos de los hombres. Hermanos, permanezca cada cual en el estado en que fue llamado”*.

El texto es duro, pero, curiosamente, como otros muchos del **NT**, es paradójico, pues termina diciendo: *“no os hagáis esclavos de los hombres”*. ¿En qué quedamos? Más aún, esta recomendación puede resultar más peligrosa aún si se interpreta en su vertiente 'espiritualista': 'lo que cuenta es lo interior'.

Por lo pronto, hay que admitir que ninguna 'oposición' hubiese podido desmontar algo que sociológicamente estaba totalmente admitido y 'justificado'. Por otro lado conviene caer en la cuenta que el grupo cristiano era insignificante, sobre todo por los que formaban parte del grupo. Podemos recordar la descripción de Pablo del nivel social de los que '*habían sido llamados*' (I Cor 1, 28-31). Bastante hacía con sobrevivir: su indefensión era tal que, como yo comento, inventaron el 'Metro' veinte siglos antes... Sin embargo, la esclavitud iba a ser herida en sus raíces.

Veamos la cartita que Pablo escribe a Filemón, cristiano liberto cuyo esclavo, Onésimo, convertido en la cárcel al cristianismo, vuelve con su amo (Flm 8-16): *“Aunque tengo en Cristo bastante libertad para mandarte lo que conviene, prefiero más bien rogarte, en nombre de la caridad, yo, este Pablo ya anciano, y además ahora preso de Cristo Jesús. Te ruego en favor de mi hijo, a quien engendré entre cadenas, Onésimo, que en otro tiempo te fue inútil, pero ahora muy útil para ti y para mí. Te lo devuelvo a este mi propio corazón. Yo querría retenerle conmigo, para que me sirviera en tu lugar, en estas cadenas por el Evangelio; mas sin consultarte no he querido hacer*

nada, para que esta buena acción tuya no fuera forzada sino voluntaria. Pues tal vez fue alejado de ti por algún tiempo, precisamente para que lo recuperaras para siempre, y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que, siéndolo mucho para mí, ¡cuánto más lo será para ti, no sólo como amo, sino también en el Señor!”.

El texto no tiene desperdicio. Subrayemos algunos detalles: Pablo está ya mayor y Onésimo se ha prestado a echarle una mano en pequeños servicios. Ante su salida de la cárcel, Pablo le confiesa: “*querría retenerle para que me sirviera en tu lugar.*” La propuesta no parece correcta, pues Filemón, al no ser esclavo, no podía ocupar su 'lugar'. ¿Es que Pablo estaba ya 'chocheando' y no sabía lo que escribía?

Supongamos que permiten a Filemón pasar un día en la cárcel con Pablo, ya anciano y medio ciego, y se encuentra con su antiguo esclavo que atiende al apóstol en sus achaques. ¿No le diría a Onésimo: ‘Tú tranquilo, que hoy tengo el gustazo de poder atender a Pablo en lo que necesite’? Es decir, ante la persona que queremos y estimamos profundamente, consideramos un 'privilegio' prestarle cualquier servicio que necesite. Más aún, nos molesta que acuda a otra persona y no cuente con nosotros. **¡Servir es un privilegio!** Y no sólo para el cristiano, sino para toda persona. ¡El servicio no es sinónimo de esclavitud! Consideramos un honor el poder prestar un servicio a la persona que valoramos. Otra cosa es que convirtamos en 'esclavos' a los que nos prestan servicios que no estamos dispuestos a hacer... Y eso puede ocurrir en nuestros tiempos de 'esclavitud abolida'...

Por eso Pablo termina haciéndole caer en la cuenta que lo recupera para siempre, “... *no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido...*” Onésimo va a seguir sirviendo -¡como todos tenemos que servir!-, pero no como esclavo, sino como hermano. El cristianismo ha desligado el servicio de la esclavitud. Ésta tiene que desaparecer, porque somos hermanos; pero no olvidemos las palabras de Jesús: “no he venido para ser servido, sino para servir...”, y parece que no sólo Jesús, sino toda persona: **¡no somos parásitos!** Más aún, llegamos a constatar, según el idioma español, que lo que nos da identidad es nuestra capacidad de servicio responsable, nuestra 'profesión'. Lo peor que se puede decir de una persona es que 'no sirve'.

Una concreción de todo lo que estamos diciendo puede ser la realidad del llamado 'servicio doméstico'. Este servicio es tan servicio como cualquier otro. La doctora que hace 'virguerías' en el quirófano y tiene que contratar a una chica que cuide a sus niños pequeños, no presta un servicio más 'digno' que el de la muchacha con sus hijos, y si no, que se lo pregunten a la madre. El servicio doméstico es tan digno como cualquier otro... Tan importante es 'sanear cloacas' como 'hacer trasplantes'. Más aún, si aquéllas no están limpias, de nada sirve la pericia del médico. ¡No ha existido en la historia un trabajo “indigno”, si ese trabajo había que hacerlo!

Volverá a salirnos el tema del **servicio**, pero podemos resumir lo dicho así:

- Estamos “condenados” a servir, porque sobrevivimos gracias a los servicios que nos rodean.
- Servir a quien se quiere es un “privilegio”: encontramos sentido al servicio cuando vivimos como hermanos.

- Servir no es ser dominado: el poder se justifica en la medida en que sirve, no cuando abusa u oprime. La razón que Pablo da a los Romanos para someterse a la autoridad constituida es, que el que la detenta, *es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal* (Romanos 13, 4).

- La agresividad y el dominio imposibilitan el servicio porque impiden la reciprocidad.

En la primera carta de S. Pedro nos encontramos un texto que puede resumir perfectamente la apuesta de esta **Bv**: (1 Pe 3, 8-17) *“En conclusión, tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición. Pues quien quiera amar la vida y ver días felices, guarde su lengua del mal, y sus labios de palabras engañosas, apártese del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella. Pues los ojos de Señor miran a los justos y sus oídos escuchan su oración, pero el rostro del Señor contra los que obran el mal.”*

En esta primera parte describe la **actitud fraternal** (como hermanos) que nos llevará a *no devolver mal por mal*, pues estamos llamados a ser *herederos de la bendición*, ¡no de la maldición! -Jesús no maldice: las “contra-bienaventuranzas” que trae Lucas (6, 24-26), no son maldiciones, sino gritos de angustia: *¡Ay de vosotros!-*. Pero sigamos con nuestra cita:

Y ¿quién os hará mal si os afanáis por el bien? Mas, aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos de vosotros. No tengáis ningún miedo ni os turbéis. Al contrario, dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.

La apuesta de Jesús en esta **Bv** es por el “bien”, por “no devolver mal por mal”, por la “recuperación”. Pero esto no asegura que la respuesta sea la 'correcta' y Pedro avisa que *aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos de vosotros...* Estamos hartos de constatar que se abusa del que obra bien. Pues eso nunca debe llevarnos a dejar de hacerlo, sino estar dispuestos en todo momento a dar respuesta “*a quien nos pida razón de nuestra esperanza*”. ¡Nada de complejos! Nos apoyamos en una **razón** que nos abre a una **esperanza**. Es la convicción de que esta postura es válida y tiene salida. ¿Tiene salida la opuesta: el *ojo por ojo*? Otra cosa es el desahogo que provoca la venganza, pero no es respuesta sino 'repetición' compulsiva del mal que se hizo. Por eso *más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.*

Quiero terminar este apartado con una traducción de (2 Cor 13, 7-9), que encontré en un libro de González Ruiz: *“Pedimos a Dios que vosotros no hagáis nada malo, no para que nosotros quedemos bien, sino para que vosotros lo hagáis bien, aunque nosotros tengamos que quedar mal. Pues no tenemos una autoridad contra la verdad, sino a favor de la verdad; y por eso nos alegramos cuando nosotros perdemos y vosotros ganáis. Lo que pedimos es esto, vuestra recuperación”*.

Ni el poder, ni la autoridad, ni aun la verdad tienen sentido en sí mismas, hasta el punto de convertirlas en armas arrojadas: sólo tiene sentido la **recuperación**.

CONCLUSIÓN

“...porque ellos heredarán la tierra”.

Esta es la 'recompensa' a la que apunta esta **Bv**. Así como en la anterior el *Reino de los cielos* estaba en presente, aquí nos encontramos con que esta promesa está en futuro. Pero ¿en qué consiste la 'tierra' que se les promete a los 'mansos'?

Como la frase es de un judío, tenemos que remitirnos al **AT**. Y vamos a dar dos citas de Isaías. La primera (Is 11, 1-9): es la promesa del descendiente de David. El texto es tan sugerente que voy a transcribirlo completo: *Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé. Y le inspirará en el temor de Yahvé. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos. Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar”.*

A este texto podemos añadir (Is 65, 17-25): *“Pues he aquí que yo creo Cielos nuevos y Tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear... No habrá allí jamás niño que viva pocos días, o viejo que no colme sus días... **Lobo y cordero pacerán a una, el león comerá paja como el buey, y la serpiente se alimentará de polvo. No harán más daño ni perjuicio en todo mi monte santo**”.* Este último versículo recoge lo anunciado en Isaías 11. Es decir, esta es la “Tierra nueva” que todo israelita esperaba. En ella, como vemos, aparece la posibilidad de encuentro y convivencia de lo “irreconciliable”. Esta es la oferta de Dios a través del profeta.

No me resisto a compartir con vosotros lo que presencié en un convento de Franciscanos -Santo Espíritu- cerca de Valencia donde daba las Bienaventuranzas a seglares. Justo al terminar esta **Bv** salí a dar un paseo y me encuentro a dos perros jugando con un gato: lo estaban pasando 'bomba': ¡lo imposible era realidad! ¿Se les habría contagiado el espíritu de San Francisco a los animales...?

Frente a esta apuesta, ¿cuál es nuestra solución?: cazar todos los lobos, meter en jaulas todos los leones.... Lo único curioso de esta “solución” es que siempre caemos del lado de los corderos o de los bueyes. Es una solución a lo “Narvárez”. Todas nuestras guerras van a eliminar o 'domesticar' al 'malo', ¡que nunca somos nosotros! Pero antes de hablar de **paz** tendremos que plantearnos si la estamos imposibilitando, o si la paz con

la que nos encontramos es con la “paz de los cementerios”. Volveremos sobre el tema de la paz en la **7ª Bv**.

Por tanto, la “recompensa” de la **mansedumbre** es una realidad en la que, no sólo nadie queda eliminado, sino en la que es respetada la identidad de cada uno. Todo sigue igual *en su Monte santo*, pero *no harán más daño ni perjuicio*. La apuesta no es la eliminación sino el encuentro sin dejar de ser lo que somos. Es una imagen tan fuerte como la de la 'caña cascada'. No se trata de eliminar ni excluir. Estamos llamados a entendernos sin que nadie pierda su identidad. Esto cuestiona todos nuestros simplismos. La apuesta es compleja, pero es más válida que nuestras simplezas: apunta a la vida y a la convivencia, no a la eliminación o exclusión.

Resumiendo, esta **Bv** nos enfrenta con el problema del **poder**, y nos previene del riesgo de la **agresividad**, ofreciéndonos su única alternativa válida: el **servicio** y la clave en todo enfrentamiento con el mal, la **recuperación**, nunca la eliminación. Es una oferta llena de vida, pero nos avisa de trampas y tentaciones muy atrayentes, que están dentro de nosotros y pueden traicionarnos -¡se nos 'dispara' el 'Ministerio de Defensa'!-, y, en vez de posibilitar la recuperación -que 'no hagamos cosas que hacen malos a los demás'-, pueden volverse contra nosotros y hacer imposible la convivencia. Esta “Tierra nueva” que nos pinta el profeta, y que Jesús nos la pone en futuro, -lo cual quiere decir que cada vez que la lea seguirá en futuro-, es una apuesta a la vida y que, por culpa de la agresividad -en nombre de la misma justicia o de la verdad-, podemos imposibilitarla.



*Mujer de barro soy:
“Soy tan tonta que me he sentado,
mi brazo derecho no se levantará.*

¿Para qué?

¡Que ellos se busquen la vida!

*Me inhibo de ofrecer posibilidad de
recuperación.*

¿Por miedo al conflicto?

¿Por no creerme la verdad?

¿Por no creer en mí?

¿Por no creer en el Eterno Compañero?

Me miro el ombligo: ¡vaya idiotez!

*Como si por ahí me pudiera llegar
todavía algo bueno.*

*Ah, mi brazo izquierdo sí se ha levantado,
vaya, encima con puño,*

*¿a la cara de quién irá dirigido
si ni siquiera miro?*

Sin sentido mi postura.

*Sin posibilidad de encuentro entre iguales,
aunque muy diferentes.*

¡Qué soledad! ¡Qué idiotez!

Marjolijn

*MANSO camino blanco,
sin guerra, ni agresiones,
venciendo el mal a fuerza
de BIENAVENTURANZA,
en pos de la justicia,
con bien y desarmada.*

Anunciación Jiménez